

INTRODUCCIÓN

“Pero cada necio miserable que no tiene nada en el mundo de lo que poder estar orgulloso toma este último recurso de enorgullecerse de la nación a la que precisamente pertenece. Con ésto se siente aliviado y con gratitud está listo ahora para defender con manos y pies todos los errores y locuras que le son propios a aquélla”.

Arthur Schopenhauer, *Aforismos sobre el arte de vivir*, II

“— Con esto, pesa sobre su consciencia [alemana] todo lo que vino después, todo lo que existe hoy en día, esta enfermedad y esta demencia que es el nacionalismo, la más *destructiva de la cultura* de todas las que, esta *névrose nationale* de la que está enferma Europa, esta eternización de la política europea de los pequeños Estados, de la *pequeña* política: han hecho perder a Europa incluso su sentido, su *razón*”.

Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, “El Caso Wagner”, 2

En ocasiones ha sido señalada la fecha de 1789 como el momento decisivo de ese trastorno profundo que precipitó a Europa, siglo y medio después y tras un largo moldeado de ideologías antagónicas, a las dos Grandes Guerras que azotaron el continente. Como sucede en todos los movimientos ideológicos con un marcado talante totalitario, la Revolución Francesa (“Liberté, égalité, fraternité ou la mort”)¹ se sumó a los procesos de ingeniería socio-lingüística que vivía Europa y se entregó con celo a la reconfiguración de diversos conceptos clave de la vida política del momento. Es aquí donde surge el vocabulario liberal moderno en el que las ideas revolucionarias se van a hacer sinónimas de nociones como “liberal” o “progreso”, entendidos estos términos como “*tout est permis*” y dejando de lado, por tanto, aquella racionalidad que había reclamado la Ilustración. Como bien ha señalado Albert Saboul, “[c]’est au cours du

¹ Así se titulaba, muy significativamente, un breve panfleto de cuatro páginas publicado en 1794, “Unité, indivisibilité de la République. Liberté, Égalité, Fraternité ou la mort. Manifeste de propagande avec sans-culotte et cocarde” [“Unidad, indivisibilidad de la República. Libertad, Iguadad, Fraternidad o la muerte. Manifiesto de propaganda sans-culotte y cucardo”]. No es casualidad que el lema fuese utilizado por el nacionalismo catalán, por ejemplo, en Gnom [pseudónimo de Josep Maria Folch i Torres], “Nacionalisme. Llibertat, Igualitat, Fraternitat”, *La Tralla*, IV/115, 26 de mayo de 1906, p. 2. Compárese con el canto, verdaderamente liberal, del discurso de Patrick Henry en la Convención de Virginia (23 de marzo de 1775): “Give me liberty, or give me death!” [“¡Dame libertad, o dame muerte!”] (William Wirt, *Sketches of the life and character of Patrick Henry*, Webster, Filadelfia, 1816, p. 123).

XVIIIe siècle, avec la diffusion des Lumières et les progrès de la bourgeoisie, que se précise l'idée de nation” como un estado constituido por “[t]ous les habitants d'un même Etat, d'un même pays, qui vivent sous les mêmes lois, et usent du même langage”². Será tras la Revolución, y no antes, que “lèse-majesté”, esto es, “traición”, se convierta en “crime d'état”, “lèse-nation”, etc³.

Pero comprender la gestación del nacionalismo y, más concretamente, la génesis de una de las más terribles ideas modernas a él vinculadas –el racismo científico como ideología–, exige un breve repaso a uno de los redescubrimientos más relevantes de Occidente, el del habitualmente designado “libro más peligroso del mundo”⁴, la *Germania* de Cornelio Tácito, el esquivo historiador latino amigo de Plinio el Joven.

Europa en el Limes Germanicus

El 21 de febrero de 1848 salía a la luz un pequeño librito de 23 páginas que definiría una de las más sangrientas ideologías que ha conocido el mundo civilizado: el *Manifiesto Comunista*, obra conjunta de Karl Marx y Friedrich Engels. Pero en las brumas de la historia se escondía otro texto que habría de marcar a toda Europa con el estigma del nacionalismo y, más concretamente, del nacionalsocialismo, un pequeño escrito etnográfico en latín, de no más de treinta páginas y redactado en el año 98, que acabaría siendo considerado por algunos la *Biblia* del movimiento nazi: *De Origine et situ Germanorum*, más conocido como *Germania*.

Extrayendo datos de diversas fuentes, el muy insigne senador e historiador romano recopiló un compendio de crónicas sobre los diversos pueblos que habitaban al otro lado del *Limes* y que eran conocidos por los romanos bajo el nombre genérico de *Germanos*. La descripción de los heroicos teutones, vándalos y suevos, no obstante, se perdió durante siglos y, hasta donde sabemos, parece que ya en el s. IX existía una única copia, archivada en el monasterio de Fulda (actual Hesse) y utilizada por el monje

² “Es en el s. XVIII, con la difusión de la Ilustración y el progreso de la burguesía, que se precisa de la idea de nación [...] todos los habitantes de un mismo Estado, de un mismo país, que viven bajo las mismas leyes y usan el mismo idioma”, en Albert Soboul, *Textes choisis de l'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Éd. Sociales, París, 1962, p. 172. La segunda cita la extrae Soboul de la edición de 1694 del *Dictionnaire de l'Académie française* (Jean Baptiste Coignard, París), bajo el epígrafe “Naître”, pues no será hasta 1740 que cuente con una entrada propia en el *Dictionnaire*, en donde su definición ya ha cambiado: “Se dit aussi des habitants d'un même pays, encore qu'ils ne vivent sous les mêmes lois [...] Ainsi quoique l'Italie soit partagée en divers Etats et en divers gouvernements, on ne laisse pas de dire la nation italienne” (primera cursiva nuestra).

³ Beatrice F. Hyslop, *French nationalism in 1789, according to the General Cahiers*, Columbia University Press, Nueva York, 1934, p. 159.

⁴ Véase a este respecto y para los datos que ofrecemos a continuación Christopher B. Krebs, *El libro más peligroso, La Germania de Tácito, del Imperio Romano al Tercer Reich*, trad. española de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2011.

benedictino Rodolfo de Fulda en su *Translatio sancti Alexandri* (año 851)⁵. No será hasta el año 1425 que reaparece mencionada en una carta del humanista italiano Poggio Bracciolini a su amigo Niccolò de' Niccoli, explicando que un monje, probablemente Heinrich von Grebenstein⁶, habría comprado varias obras de Tácito, entre ellas, algunas desconocidas. Tras un largo periplo será finalmente Enoch de Ascoli, rival de Poggio, quien adquiera el manuscrito en 1455 y, con su publicación en 1476, comienza a configurarse el *topos* de los valerosos germanos frente a los afeminados latinos y la idea de una continuidad étnica entre los antiguos germanos y los modernos hablantes de lengua alemana. Así, al menos, lo recoge Eneas Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II, en su *Germaniae descriptio* (1496), anticipando a los modernos catalanistas que, como se verá en sus textos, afirman basándose en Avieno y su poema étnico la continuidad racial y lingüística entre íberos y catalanes, esto es, hablantes de lengua catalana.

La Europa del s. XV estaba dividida en dos grandes imperios. En Oriente, el Imperio Otomano avanzaba sobre los diversos reinos cristianos implantando el Islam con la espada. En el centro se encuentra un mosaico de principados fracturados y decadentes cuyo vínculo es el cristianismo y la lengua alemana y que se hace llamar *Sacrum Romanum Imperium*. El fortuito redescubrimiento de la *Germania* de Tácito dos años después de la caída de Constantinopla el 29 de mayo de 1453 es considerado una señal casi divina, un llamamiento a la unidad de los pueblos cristianos de lengua alemana contra el invasor turco. El propio Piccolomini, poco antes de que Enoch de Ascoli recuperase –oficialmente, al menos– el manuscrito de la *Germania*, había pronunciado ya un discurso frente a la asamblea imperial en Frankfurt am Main para instar al pueblo germano a unirse a la cruzada contra el Islam: *Oratio de clade Constantinopolitana et bello contra Turcos congregando*, del 15 de octubre de 1454. Unos años antes de su muerte, el protegido de Besarión y humanista de Pío II, Giovanni Antonio Campani, realizaba un nuevo llamamiento al pueblo germano para elevarse sobre el glorioso pasado de la *Germania* con su discurso de Ratisbona. Tanto alemanes como foráneos se apropian del calificativo de “Germania” mientras las huestes de Solimán se acercan a Viena. Con el enemigo a las puertas, los humanistas reclaman un nuevo héroe que restablezca la hegemonía germana, un nuevo Arminio que una a las tribus germanas modernas contra el imperio invasor, que ahora ya no era Roma, sino los otomanos. Ulrich von Hutten asumirá este papel, tanto a nivel literario –fue autor de un influyente *Arminius*– como militar –abandonó el monasterio de Fulda para llevar una vida aventurera– e ideológico, llamando a los alemanes a deshacerse de todo vínculo con Roma y unirse a la Reforma.

Como en el caso de la Cataluña imaginada por los nacionalistas mucho después, a lo largo de los siglos siguientes y, en especial, durante los ss. XVIII y XIX –hasta

⁵ Cf. Rosemary Woolf, *Art and Doctrine. Essays on Medieval Literature*, ed. de Heather O'Donoghue, The Hambledon Press, Londres, 1986, p. 191. Eginhardo, biógrafo de Carlomagno, podría haber conocido y utilizado el manuscrito unas décadas antes y, según parece, Adán de Bremen lo habría consultado en el s. XI.

⁶ Identificado en Ludwig Pralle, *Die Wiederentdeckung des Tacitus: Ein Beitrag zur Geistesgeschichte Fuldas und zur Biographie des jungen Cusanus*, Verlag Parzeller, Fulda, 1952, pp. 15-62.